

Tawni O'Dell

Ángeles en llamas

Traducción del inglés
de Virginia Maza

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Para mi querida hermana, Molly Meghan

Capítulo 1

La última vez que lo tuve así de cerca, Rudy Mayfield estaba echado sobre el asiento de la camioneta de su padre, intentando manosearme unos pechos que acababan de madurar.

Cierro los ojos y, por un instante, lo que huelo es el deseo calenturiento y sudoroso de un adolescente, apenas disimulado por el jabón Dial, en lugar del hedor ahumado y dulzón a carne quemada, entremezclado con el acre del azufre que siempre está presente en este emponzoñado pueblo fantasma.

—¿Quién haría algo así? —pregunta Rudy por décima vez en lo que va de minuto.

Se ha convertido en su mantra, un cántico aletargador con el que poder hacer frente a algo tan inconcebible como lo que ha encontrado esta mañana en su caminata diaria por esta carretera abandonada.

Su perro Buck, un cruce de pastor, blanco y peludo, levanta la cabeza mientras sigue echado a sus pies y lo mira comprensivo.

—¿Estás totalmente seguro de que no has visto a nadie? —vuelvo a preguntar.

Los dos echamos un vistazo alrededor, vemos los caminos de acceso serpenteantes que llevan a los cimientos asolados de una docena de casas derribadas y los árboles, retorcidos y deshojados, que escarban una tierra que se cuece a fuego lento, para salir de ella, como si fueran las gigantescas manos de unos muertos vivientes. El óxido naranja y brillante que cubre el guardabarros de una bicicleta de niño volcada es la única nota de color en todo el desolado paisaje.

—De los que se quedaron en Campbell's Run, mi abuelo es el único que sigue vivo. Si no vengo a verlo, por aquí no se acerca nadie. Ya lo sabes.

—Bueno, está claro que alguien vino —le hago notar—. Esa chica no llegó aquí sola y se prendió fuego.

La cara de Rudy se vuelve del mismo color gris que el descolorido asfalto que está pisando. Traga saliva y clava la mirada en su impactante barriga cervecera que tira de una vieja camiseta salpicada de manchas de diversos colores, como un enorme globo blanco con países pintados.

—Pasamos buenos ratos en el instituto —le digo en un tono tan desenfadado como puedo conseguir, dadas las circunstancias.

La distracción funciona y me sonrío con la boca un poco torcida, igual que hacía en educación sanitaria, cuando el profesor decía algo obvio o inútil, lo que, por otro lado, venía a ser lo habitual. Sigue teniendo esos preciosos ojos verdes a medio esconder entre la sombra que proyecta la visera de su gorra; los años no los han apagado.

—Sí —dice—. Nunca entendí por qué no salimos juntos. Me gustabas.

—Quizá deberías habérmelo dicho.

—Pensé que al hacerlo contigo en la camioneta de mi padre ya te decía bastante.

—Con eso solo me dijiste que te gustaba hacerlo en la camioneta de tu padre.

Aún recuerdo cómo se sorprendió cuando no lo paré. Seguramente pensaba que era mi primera vez, y debería haberlo sido. Acababa de cumplir los quince y era demasiado joven para andar liándome con gente, pero la intensa vida sexual de mi madre me había despertado la curiosidad desde muy temprano. Con mi hermana Neely había tenido el efecto contrario: ella tenía la sensación de saber todo lo que hacía falta saber sobre sexo, de tantas veces que no pudimos evitar oírlo y de las pocas veces que habíamos mirado a hurtadillas. Nunca pareció que tuviera el deseo de explorarlo por sí misma; yo, sin embargo, pensaba por error que mi madre lo hacía porque le gustaba, así que quería saber por qué revolcarse con hombres desnudos y jadeantes era tan fantástico que lo prefería a jugar con sus hijas o a darles de comer.

Oigo cómo se acerca un coche. Buck levanta la cabeza.

La carretera que atraviesa Campbell's Run lleva toda la vida cerrada, y está tan llena de baches y le han crecido tantos hierbajos

que es imposible verla de lejos. Habíamos dejado la puerta abierta para el forense, pero llegan antes un coche patrulla de la policía estatal y un vehículo de la secreta.

—He de volver al trabajo —le digo a Rudy mientras me agacho y le acaricio a Buck detrás de las orejas—. Pero no te vayas muy lejos. Puede que tengamos que hacerte más preguntas.

El cabo Nolan Greely viene caminando hacia mí. Parece uno de esos policías grandes, concienzudos y sin sentido del humor que hunden la moral de cualquier motorista que los ve aparecer por el retrovisor. En realidad, es inspector de la Brigada de Investigación Criminal y ya no lleva uniforme, pero tampoco le hace falta. Su corte rapado, de color hierro colado, y el ritmo lento, con toda la intención, de sus pasos dejan claro a todas luces que es un poli.

Se para justo delante de mí y me mira de arriba abajo con una expresión inmutable y los ojos ocultos tras unas gafas de espejo.

—¿Qué tal, comisaria? —me saluda—. ¿Has quedado a tomar el té con la reina?

Llevo una falda color azul lirio, un *blazer* y zapatos de salón, nuevos y de charol, de color gris topo, que me compré hace poco en Kohl's, con un vale de descuento del treinta por ciento. Mi blusa es de un colorido estampado floral, en honor a este soleado día de verano.

—A estas horas debería estar en un desayuno de la Cámara de Comercio en la VFW*.

Ni se inmuta. No sé decir si me admira, si le doy lástima o me envidia.

—Admito que me ha sorprendido que me llamaras tan pronto —me dice—. En su día, habríamos tenido que quitarte el caso a la fuerza.

—He decidido no malgastar tiempo ni energía luchando contra lo inevitable —contesto.

—¿Te refieres a mí en concreto o al cuerpo de Policía al completo? —pregunta.

Dibujo una pequeña sonrisa.

—A ti, Nolan —bromeo—. Si fueras un superhéroe, te llamarías el Inevitable, y tu superpoder sería presentarte siempre, incluso cuando no eres bienvenido o no haces falta para nada.

* Se refiere a los Veterans of Foreign Wars (Veteranos de Guerras Extranjeras), una organización asistencial fundada a finales del siglo XIX y con sede en Kansas City. (*Todas las notas son de la traductora.*)

—Yo siempre hago falta —dice sin sonreír.

—Bueno, esta vez no tengo ningún reparo en pedirte ayuda —le explico—. Tengo un buen grupo de hombres bajo mi mando, pero no están preparados para vérselas con esto.

—¿Tan malo es?

—Lo peor que he visto nunca. Es una adolescente.

Me agacho y me quito los zapatos.

—No puedo volver hasta ahí con tacones —le explico—, no llevo nada cómodo que ponerme.

Como antes, no sé si Nolan me admira, si le doy lástima o me envidia.

Echamos a andar hacia el lugar. Nolan les hace señas a los dos agentes de la Científica que han venido con él. Se dirigen hacia el cadáver con sus uniformes de trabajo, unos pantalones de bolsillos y camisetas con la placa de la Estatal bordada sobre el pecho, las cámaras y el equipo para el registro de pruebas. Yo les hago señas a Colby Singer y Brock Blonski, los dos agentes que me han acompañado al lugar de los hechos. Tras hacer un primer examen al cuerpo, se marcharon dando tumbos para vomitar, aguardé a que volvieran y los envié a buscar manchas de sangre, huellas o cualquier otra prueba.

Blonski y Singer son novatos en el trabajo policial y en la vida en general. Tienen veintipocos y todavía no se han ido de casa, aunque hace poco Blonski dio el gran paso de mudarse a un apartamento sobre el garaje de su madre. Los contraté hace más o menos un año. El único cadáver que Singer había visto antes del de esta chica era el de su abuela, que iba vestida de domingo y yacía plácidamente en su ataúd con forro de raso blanco. Blonski fue el primero en llegar a un accidente mortal de tráfico hace unos meses. No fue agradable, pero nada que ver con esto.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —le pregunto a Nolan.

—De niño una vez, por un reto. —Nos detenemos junto a una maraña de alambre de púas que hay en el suelo—. No puedes pasar por ahí descalza —me dice.

—Ya lo hice antes.

Sin decir nada más, me coge por la cintura y me pasa en volandas al otro lado de la alambrada.

—Ha sido humillante —comento cuando vuelvo a estar en tierra.

—Habría hecho lo mismo por un hombre —me asegura Nolan—, solo que no suelo encontrarme con ninguno que esté de servicio sin zapatos.

Paso por alto la indirecta. Llevo toda mi vida adulta en una profesión dominada por hombres. He sufrido cualquier tipo de aislamiento, sabotaje y acoso que el cromosoma Y tiene que ofrecer. En su mayor parte no es sincero, sino tan solo lo que se espera. Me reservo la repulsión para los verdaderos misóginos.

El incendio de la mina que destruyó la ciudad de Campbell's Run comenzó varias millas bajo tierra hace más de cincuenta años, antes de manifestarse en la superficie diez años después; entonces, se abrió en un patio un socavón que liberó una nube de vapor con el hedor a huevos podridos del azufre. Resultó que el agujero tenía cien metros de profundidad y la temperatura del interior casi doblaba esa cifra. Poco después, el vacío engulló la jaula para conejos de una niña y, al poco, un bebedero para pájaros. Una mañana, encontraron el manillar de una Harley muy querida asomando de un tajo informe de tres metros que se había abierto en la entrada al garaje de su dueño.

Todos los habitantes de la ciudad fueron realojados, salvo unos pocos que se resistieron, como el abuelo de Rudy, que no quiso marcharse y se las ingenió para seguir viviendo aquí mientras, a su alrededor, echaban abajo las casas vacías de sus vecinos, cortaban las calles y plantaban letreros de aviso.

El único otro edificio que quedó en pie fue la iglesia de tablillas blancas. El gobierno no tuvo el valor de echarla abajo. Desde donde estoy ahora, queda escondida tras la curva de una calle y, aunque solo llego a entrever la deteriorada cruz gris que corona la torre, tengo una imagen clara del resto: un sencillito templo olvidado, la pintura en su día roja y brillante de las puertas delanteras casi completamente borrada, salvo por unas cuantas tiras obstinadas.

Estuve ahí hace unos doce años, cuando el abuelo de Rudy nos llamó para decir que habían robado las vidrieras de la iglesia. Trabajé duro en ese caso, aunque para todos los demás fuera una pérdida de tiempo. Tuve más éxito del que había imaginado. Descubrí que los ladrones eran buscadores profesionales de antigüedades que trabajaban desde Nueva York, pero no pude llegar a detener a nadie ni di con los bienes robados. Aquí, esas ventanas eran milagrosas explosiones de color y fe en medio de la desolación sombría. Ahora estarán en la residencia de verano de algún ricachón, y no las apreciarán suficiente. Me siento ultrajada cada vez que lo pienso.

Camino con cuidado sobre la tierra quemada, consciente de todos y cada uno de los peligros que hay bajo mis pies, mientras Nolan pisotea con fuerza por detrás, retándome a que lo deje pasar.

Donde el fuego arde a más temperatura, se han abierto más de una docena de brechas ardientes. Los árboles muertos se han soltado del suelo emblandecido y han caído. Las raíces han quedado al aire y me recuerdan a las patas enredadas de las arañas resacas que Neely y yo solíamos encontrar en el armario del dormitorio.

Alguien ha metido a una chica muerta en uno de esos agujeros incandescentes del suelo.

Nolan y yo nos quedamos mirándola.

La parte superior de su cuerpo está prácticamente abrasada. Tiene los ojos abiertos y miran con sorpresa desde una cara que parece embadurnada con salsa barbacoa y tan requemada que ha comenzado a quebrarse y resquebrajarse. Le falta casi todo el pelo y tiene daños evidentes en el cráneo. Dudo mucho que sobreviviera a esos golpes. Espero que se los asestaran antes de echarla al fuego.

—Hemos inspeccionado la zona y la carretera. No hay rastro de sangre de esas heridas de la cabeza. La deben de haber matado en otro sitio y luego la habrán traído hasta aquí —le digo, porque necesito llenar el silencio—. Hace bastante que no llueve, así que, por desgracia, no hay ni pisadas ni huellas de neumáticos.

Nolan se agacha para mirar más de cerca.

—Creo que quien la metió allí pensó que se quemaría y se desintegraría —continúo— y, cuando no prendió fuego, la regaron con algún tipo de acelerador. Además, tenemos esto.

Señalo un edredón con manchas de sangre y quemaduras negras que hemos encontrado en unos arbustos.

—Estampado floral en tonos coral y naranja con medallas color turquesa superpuestas. Estoy casi segura de que es de la colección Sherbet Lace de Jessica Simpson. Se puede comprar en Bed, Bath & Beyond.

Nolan levanta la vista para mirarme, con sus ojos brillantes e impenetrables.

—Hace poco compré ropa de cama —le explico—. No compré esa —sigo justificándome—. Parece que no la dejaron arder mucho tiempo. Quizá alguien intentara apagar el fuego con la manta.

—Puede que el asesino se arrepintiera o que hubiera alguien con él que no pudiera quedarse mirando —añade Nolan—. ¿Cómo la encontró Mayfield?

—Fue el perro.

No dice nada más. Mis hombres y yo nos quedamos ahí mientras él sigue examinando atentamente a la chica muerta tras el oscuro abismo de sus gafas.

Más inquietante aún que el paisaje es la ausencia de cualquier sonido. Es un día perfecto de junio y no canta ni un solo pájaro, no zumba ni una mosca, no ladran perros y no hay niños llamándose a voces. No hay nadie cortando el césped, ni escuchando la radio, ni usando herramientas eléctricas.

—¿Cómo vais a sacarla de ahí? —pregunta Nolan.

Está solo a poco más de un metro, pero no hay forma de saber lo frágil que es la tierra que la envuelve ni lo profunda que puede ser la sima por debajo de ella. Tampoco hay manera de saber hasta qué punto se ha quemado, ni el estado en que ha quedado su cuerpo. Si la sacamos tirando de ella, podría deshacerse en pedazos.

Nolan vuelve a levantarse por fin.

—Uno de nosotros tendrá que bajar ahí para subirla —dice—. Puede bajar atado con una cuerda. He venido con dos agentes, pero son demasiado grandes.

Estudia a Blonski, con la constitución de un levantador de pesas corpulento y sin cuello; luego pasa a Singer, alto y desgarrado; y luego, a mí.

—¿Pesas más que este? —me pregunta.

—No —respondo tajante.

—¿Seguro? Está más seco que un palo.

—Mide casi dos metros y es un hombre. Soy la que menos pesa. Lo haré yo.

—Lleva falda, jefa —se aventura a decir Singer, indeciso—. Y va descalza.

—Eso es. —Blonski se suma—. ¿No sería mejor esperar a alguien con la ropa y el equipo adecuados, y que sepa lo que hace?

—¿Que sepa lo que hace? —repito en un tono que pone punto y final al debate.

Me quito la chaqueta y me paso una cuerda bajo los brazos mientras los hombres la sujetan por el otro extremo. No me preocupa mi seguridad, pero sí mi blusa. Detesto que esto me haya pillado desprevenida y sin ir preparada para el trabajo, pero, siendo justa conmigo, este ya no es mi trabajo. Ahora tengo un despacho con una silla cómoda y una Keurig: soy coordinadora, planificadora, presentadora de informes, experta en relaciones públicas y la cara encargada de los apretones de manos. Soy la primera mujer comisaria del condado. Me aferro a esa certeza en un esfuerzo por conservar algo de dignidad mientras desciendo por un agujero fangoso para recuperar un cadáver.

Intento no pensar en la chica ni mirarla hasta que es totalmente

indispensable. El agujero es húmedo y abrasador, y también intento no imaginar la tierra que me rodea desprendiéndose y dejando ver las agitadas llamas del infierno que hay a una milla bajo mis pies colgantes.

Apoyándome contra una de las paredes, tiendo el brazo para agarrar el cuerpo por el abdomen. Parece que el fuego no se extendió por debajo de las caderas.

La vista de sus dos piernas jóvenes y desnudas saliendo de unos *shorts* recortados me cierra la garganta. Milagrosamente, una de las sandalias sigue puesta en el pie. Lleva las uñas de los pies pintadas de rosa fosforito y en el tobillo, una pulsera hecha de brillantes corazones centellea entre la mugre negra.

Tiro suavemente de ella hacia mí, sin hacer caso del sonido, el olor y el tacto de la carne y los huesos chamuscados, intentando imaginar a la chica que fue antes de que su corazón dejara de latir y de que se le escapara el alma. ¿Le gustaba ir a clase? ¿Tenía muchos amigos? ¿Qué quería ser de mayor? ¿Alguna vez se lo montó en una camioneta?

Ninguno de nosotros habla cuando la tenemos echada sobre suelo. Estamos en pie a su alrededor, formando un círculo protector y compartiendo en silencio la pena de cada uno. En situaciones así, se permiten unas lágrimas hasta los agentes más curtidos. Todos piensan en sus hermanas o hijas. Yo soy la única que se ve a sí misma.

Soy la primera en levantar la mirada y en apartarla de la chica muerta y de la ciudad muerta, para dirigirla hacia las exuberantes olas de colinas verdes que recortan en ondas el horizonte azul, y siento el dolor familiar que me invade siempre que me encuentro delante de la belleza malograda.

Uno a uno, los hombres también se apartan, dejando que sus penas particulares los asolen por un último instante antes de recuperar el habitual entumecimiento que les permite hacer su trabajo pero que, por desgracia, no los protege de sus sueños.

Esta noche, cuando durmamos, nos rondarán esas piernas que, incluso estando muertas, parece que podrían levantarse y salir corriendo de aquí.